

El «affaire» Ablanedo

LUIS MEANA

Metidos ya en los idus de marzo, ni se cumplió en febrero el rumoreado pacto del capó, ni apareció el elefante blanco, y lo único ocurrido fue la conversión definitiva del «affaire» Ablanedo en esperpento, sin que los mortales normales ni los comentaristas especializados sepan qué decir de tan «ostentóreo» adfesio que ha adquirido los sutiles y feos rasgos de una persecución religiosa.

Ciertos datos —como la increíble ludopatía con las alineaciones— indicaban ya que el modelo de entrenador que Ciriaco Cano tenía en la cabeza era un híbrido entre el estilo caprichoso de Cruyff y el estilo emperrado de Clemente (recuérdese sólo el caso Sarabia). Como el equipo iba y va bien, nada que no fuera soportable, si la mala suerte no hubiera vuelto la situación absolutamente insólita. No se recuerda en toda la historia del Sporting nada parecido. Tenemos el mejor portero que el club haya tenido nunca —el mito Sionín fue provincianismo del hambre de posguerra—; retirado Quini, teníamos jugador salvador y emblemático para la generación siguiente. Todo iba viento en popa hasta que, de pronto, Ciriaco sienta al jugador emblemático en el banquillo hasta que se le caiga el pelo y pone al club en un jay! de tensión. Por si fuera poco, Ciriaco-Clemente Cano, que, consta, ha jugado quince años al fútbol, se atreve a declarar: «Tengo a dos porteros a un nivel muy parejo». ¿Cómo puede afirmar un profesional de solvencia, al que se le supone un conocimiento, tontería semejante? ¿Cómo puede atreverse a comparar a un portero que ha sido llevado a la selección no por uno, no por dos, sino por tres seleccionadores distintos, que ha sido dos años trofeo «Zamora», y eso con una defensa de risa, que ha estado en dos mundiales, y que cualquiera ve que es un superdotado, con otro que no logró pasar del Castellón, lo que no es ninguna deshonra, pero sí un hecho? ¿Será que el entrenador no va a los entrenamientos, o que lo llevan, como a los caballos de los picadores, con un ojo vendado para que no vea al toro? Porque los que van asiduamente aseguran —incluso ante notario— que lo que se ve no tiene color: nada que comparar entre uno y otro. ¿Qué manías o intenciones, claras u oscuras, motivarán este empecinamiento?

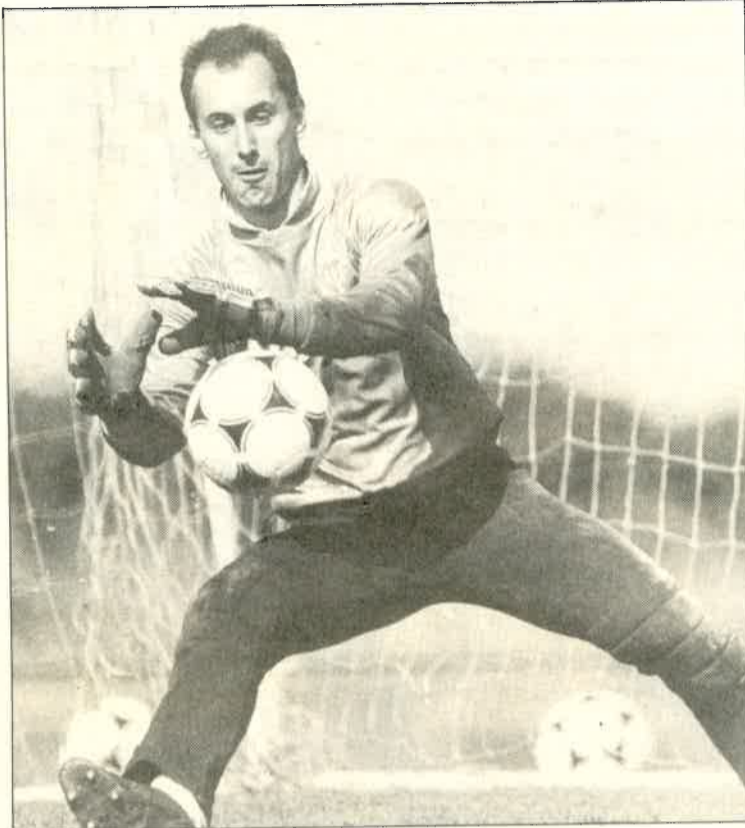
Furias neoliberales

Por hacer hipótesis: árbitros y entrenadores, que tienen entre sí muchos más parecidos de los que les gusta reconocer —irrefrenable tendencia al protagonismo, tendencia a autoritarismos estólicos—, son camaleones sociales que en seguida cogen el color de la época, en lo que, naturalmente, tienden a confundir la misa con la media y a los filatélicos con los sifiliticos. Por ejemplo, en tiempos del fascio redentor había mucho entrenador con bigotito falangista, cosa que ahora ninguno lleva y antes, entrenadores y árbitros fluctuaban entre un estilo de autoritarismo militarista (tipo Mr. Látigo) y un paternalismo tonto. Ahora lo que se lleva entre árbitros y entrenadores

es el modelo neoliberal Felipe-Aranzadi. O sea, la bufonada histórica/histérica ésa de la ley del rendimiento: obrero y empresa que no rinden, al desguace (lean, por favor, las declaraciones de Ciriaco-Clemente del 20 de febrero a este periódico para ver el mimetismo en la aplicación del catón). Dentro de ese modelo general, unos tiran más al estilo del Norte, que es de una prepotencia más bronca, chula y conflictiva (tipo-Aranzadi-Clemente), y otros al estilo del Sur, más tímido y suavemente de formas, más peluche (tipo Felipe-Ciriaco), pero que degüella igual.

Diga lo que quiera la rígida doctrina mental del neoliberal Ciriaco: como está dicho, a un Voltaire o a un Sartre no se les encarcela. ¿Lo entiende? Es decir, que a un Cruyff, a un Di Stéfano, a un Iribar, a un Quini, o a un Ablanedo no se les sienta en el banquillo. Y quien lo hace, es decir, la autoridad que encarcela a una institución de ese tipo, lo único que hace es desacreditarse a sí misma y al sistema, es decir, ponerse a la altura de don Camulo. Eso no sólo lo dicta la más recta doctrina, sino que lo refrenda la más acreditada casuística: cuando Iribar era portero del Athletic, el reserva del Chopo se llamaba Marro, y cumplía en las lesiones tan digna y elogiosamente como ahora Emilio, pero, en cuanto Iribar estaba recuperado, al banco; Manolín Bueno, extremo izquierda absolutamente magistral, volvía indefectiblemente al banquillo en cuanto se recuperaba Gento; y cuando Beenhaker quitó —con total justicia— a Butragueño por su clamorosa baja forma, el presidente le indicó que el objeto valía mil millones y que con el pan no se juega. Y los ejemplos pueden multiplicarse hasta lo infinito. Así ha ocurrido siempre, entre grandes y pequeños, hasta que el inventor de la cuadratura del círculo, Ciriaco-Clemente Cano, vino a disponer que, a partir de él, los relojes iban a andar al revés y el mundo girar al contrario.

Aparte ya de tan poco respeto por las verdades acreditadas por la doctrina y por la historia, alguien debería explicarle al neoliberal Ciriaco algunos de los rudimentos de la economía, pero no de la economía-economía, asunto que, como él mismo confiesa (ver mismas declaraciones), desconoce, y entre líneas desprecia, sino las de la economía-deportiva. Los profesores de economía que lo rodean deberían hablarle, por ejemplo de los **costes marginales**, y, sobre todo, de lo que en español llaman el **lucro cesante**: o sea que, si alguien hace una inversión de cinco y saca quince, es verdad que está ganando diez, pero si con la misma cantidad podría obtener veinticinco, entonces está dejando de ganar diez. ¿Capisco? Contra lo que asegura el entrenador, esto no es un asunto solamente económico (que, por culpa de él, el bien Ablanedo esté perdiendo valor), sino que hay también un **lucro cesante** deportivo: a corto y muchísimo más a plazo largo, la inversión Ablanedo dará siempre, diga lo que quiera Ciriaco-Clemente, muchísimo más rendimiento deportivo que la inversión Emilio. Si, sin él, le meten pocos goles, con él a lo mejor ni se



Juan Carlos Ablanedo.

los metían. Es tan estúpido comparar a Ablanedo con Emilio como comparar, como delanteros, al interior Ciriaco con Johann Cruyff, del que todavía se acordará algo por el par de baños que le dio en los tiempos de los escupitajos de Cholo Sotil. Es absolutamente incomprensible que un profesional ignore verdades tan evidentes.

Justicia de pasapuré

Pero donde la cosa llega a adquirir carácter sangriento y miserable es en otro punto, a saber, en las suaves insinuaciones sobre la justicia como norma de conducta del entrenador: no es justo quitar a Emilio porque rinde y porque el equipo le debe algunas cosas (entre otras, le añado yo, una eliminatoria de la UEFA). El neoliberal Ciriaco-Clemente, que no vive en Gijón desde ayer, debería saber de memoria que si él es hoy entrenador de un club de primera llamado Sporting, eso se lo deben él y el club **exclusivamente** al mismo Ablanedo al que ahora descuartizan, porque fue precisamente ese portero el que, en la época más negra, siniestra y nefasta que ha conocido esta casa desde la presidencia de Méndez-Cuervo (la del tándem Muñoz-Aranguren), nos libró más de un año, con los ocho o diez puntos que salvaba él solito por temporada, de caer en Segunda División, de donde, tal y como estaban las cosas, no habríamos regresado en todo el siglo y quién sabe si hubiéramos existido en el próximo. Con nadie tiene hoy el Sporting deuda mayor que con ese jugador. Y por mucho que se le pague, nunca se le compensará suficientemente. Eso al margen de que a ese portero le debe la afición tardes de gloria y de belleza que a ningún bien nacido le está permitido olvidar. Ese grandioso portero tiene la mala suerte de sufrir, no una baja forma, sino un muy desgraciado accidente laboral, una lesión gravísima que lo obliga a pasar muchos meses parado. Tras perros meses de sufrimiento y recuperación, ese club llega al insólito grado de miseria de tratarlo peor que a cualquiera de los advenedizos, desde el portero

reserva a los extranjeros, y no le conceden ni una sola oportunidad de demostrar si es o no el que era. Porque esa especie de simulacro que, graciosa y despectivamente, se le concede, llamado Copa, no se sabe tampoco muy bien qué función tiene, si darle verdaderamente una oportunidad, o si jugar con él a la ruleta rusa para ver si le caen unos cuantos baúles y se lo quita uno de encima para siempre. Al lado de eso, Aranzadi se ha portado como un santo con los mineros de Hunosa. Y hasta Pancho Fernández Villa merece la beatificación.

A eso lo considera un miembro del club, su entrenador, justicia. Efectivamente, **justicia de pelotón de fusilamiento**. Si tan amante de la justicia es, tenía una solución muy fácil que, sin embargo, se niega en rotundo a practicar: ofrecerle, precisamente por justicia, los mismos partidos que al otro, ya que, según él, son «tan parejos», para que la gente vea, compare y decida. En lugar de eso, lo que se ha hecho hasta ahora ha sido negarle taxativamente lo que se regala a un advenedizo, o al sueco Nilsson, a quien sólo le falta ya ponerlo de entrenador, a ver si ahí rinde, porque el resto de puestos los ha recorrido ya todos. Lo que está ocurriendo se parece muy poco a la justicia y mucho a pasar a alguien por el pasapuré para convertirlo, deportiva y humanamente, en picadillo para hamburguesas.

Con lo que se demuestra lo que no necesitaba demostración: la verdadera cara de todo ese predicado neoliberalismo, político y futbolístico, que proclama con la boca grande el rendimiento y la justicia y, por debajo, aplica el capricho y el degüello. Y se demuestra, en segundo lugar, un pésimo estilo deportivo y humano (que ya se apuntó en la fea forma de despedir al impecable Jiménez). Quien se porta de esa manera con un deportista que sale de una lesión gravísima, con todas las angustias e inseguridades personales y profesionales que eso genera, levanta muchas dudas sobre su categoría como deportista y más que como deportista.

Capricho y mal estilo que nos ha llevado a donde estamos y quizá nos lleve aún a cosas peores. Porque, propiamente, el problema no es ni Ablanedo, ni Emilio, ni el banquillo: el problema es que, por rigidez mental, por un empujamiento en la aplicación ciega y absoluta de unos simplérrimos principios, que serían explicables en un adolescente que va a la escuela pero no en un profesional con experiencia, se crea de la nada, artificialmente, sin ninguna necesidad, un conflicto absolutamente absurdo, que daña la estabilidad y marcha tranquila del club.

El palco no sabe, no contesta

Dos cosas debería tener urgentemente en cuenta el entrenador. Primera, que no están las normas de Ciriaco por encima del Sporting, sino el Sporting por encima de las normas de Ciriaco. Segunda, que aquí no hay ningún rey absoluto. Y, de haberlo, ni es Ciriaco, ni lo es Ablanedo, ni muchísimo menos lo son los sagrados principios del entrenador. El rey único y absoluto es el Sporting. Y las decisiones que le dañan gravemente no son de recibo, ni de aplicación.

En las leyes no escritas del fútbol está que en el vestuario manda el entrenador. Y vale. Pero eso no es una patente de corso. Si un entrenador cree que puede mandar por encima de todo, la institución dispone de instancias obligadas a resolver convenientemente el conflicto. Y, si no lo hacen, no valen para gestionar la institución. Aquí se ve lo que vale cada cual. Sentarse en el palco lo hace bien cualquiera. Y habrá que recordarles a esos dirigentes que lo que desató la caída irrefrenable de sus predecesores fue precisamente este tipo de decisiones demenciales. De momento, a la rigidez y empecinamiento del entrenador le deben, presidente y directiva, no ya sólo un «affaire» innecesario, sino también que el «caso Ciriaco» se haya vuelto «caso don Plácido Rodríguez», economista. Llegado a donde se ha llegado, difícil le va a ser al emudecido presidente seguir haciendo de don Tancredo. Si al final de toda esta escandalosa situación, el Sporting perdiera a Ablanedo, los responsables de ese daño histórico serán C. C. y los señores economistas que consienten que un técnico rija los bienes del club.

Sin ninguna duda, lo mejor para el club sería que siguieran en él Ablanedo y Ciriaco, quien también ha hecho cosas certeras. Pero si es incapaz de controlar su empecinamiento, si, como todo parece indicar, está decidido a forzar las cosas hasta el más irracional extremo, entonces, de sobrar uno, ese uno es Ciriaco Cano (y los que se lo consienten con él). Por una razón muy sencilla: porque entrenadores como Ciriaco hay en España una media docena abundante —los hay hasta en Albacete, y hay otro, calvo, criado en esta casa y echado de muy mala manera de ella, con tanto palmarés como él y más cancha social; y hay en Zaragoza, y hay Espárragos y hay hasta lechugas. Y mejores que él otros cuantos. Porteros como Ablanedo ninguno. Todo lo más uno. Precisamente por el principio liberal del rendimiento. Así de claro.